

Anales COMPLUTENSES

VOLUMEN XXIX
(2017)

ISSN: 0214-2473



Institución de Estudios Complutenses
Alcalá de Henares

Anales Complutenses XXIX - 2017

Dirección / Editors

F. Javier GARCÍA LLEDÓ (IEECC)

Consejo Editorial / Publications Comitee

Sandra AZCÁRRAGA CÁMARA (U. Autónoma de Madrid - Museo Arqueológico Regional)

Luis GARCÍA GUTIÉRREZ (Academia de San Dámaso)

Jorge GONZÁLEZ GARCÍA- RISCO (Universidad de Alcalá de Henares - IEECC)

Pilar LLEDÓ COLLADA (IEECC)

Germán RODRÍGUEZ MARTÍN (Museo Nacional de Arte Romano de Mérida)

José VICENTE PÉREZ PALOMAR (Ayuntamiento de Alcalá de Henares)

Comité Científico / Advisory Boards

Enrique BAQUEDANO PÉREZ (Museo Arqueológico Regional. Comunidad de Madrid)

Julia BARELLA VIDAL (Universidad de Alcalá - Escuela de Escritura)

Helena GIMENO PASCUAL (Universidad de Alcalá - Centro CIL II)

Alberto GOMIS BLANCO (Universidad de Alcalá)

Ángela MADRID Y MEDINA (CECEL-CSIC)

Miguel Ángel MANZANO RODRÍGUEZ (Universidad de Salamanca)

Antonio MARTÍNEZ RIPOLL (Universidad de Alcalá)

Wifredo RINCÓN GARCÍA (CSIC)

Peter ROTENHOEFER (Komission für Alte Geschichte und Epigraphik. Munich)

Esteban SARASA SÁNCHEZ (Universidad de Zaragoza)

Edita:

Institución de Estudios Complutenses

PALACIO LAREDO

Paseo de la Estación, 10

28807 - Alcalá de Henares (Madrid)

Teléfono: 918802883 - 918802454

Correo electrónico: ieecc@ieecc.es

Anales Complutenses es una revista anual, editada por la Institución de Estudios Complutenses, que tiene como objetivo publicar artículos originales y recensiones con una cobertura temática amplia, aunque especialmente centrados en la historia de Alcalá de Henares y su entorno. Fue fundada en 1987 y, desde este año 2014 está bajo la dirección de Francisco Javier García Lledó. Está abierta a todos los investigadores que deseen utilizar sus páginas para dar a conocer sus trabajos y estudios. Los artículos recibidos son examinados tanto por el Consejo Editorial como por el Comité Científico, los cuales deciden sobre el interés de su publicación. **Los autores deben ajustarse estrictamente en la presentación de sus trabajos a las normas de presentación incluidas al final de este volumen.**

Las opiniones y hechos consignados en los artículos son responsabilidad exclusiva de los autores. La IEECC no se hace responsable, en ningún caso, de la credibilidad, veracidad, autenticidad y originalidad de los trabajos

Reservados todos los derechos: ni la totalidad ni parte de esta Revista pueden reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación o sistema de recuperación, sin permiso. Cualquier acto de explotación de sus contenidos precisará de la oportuna autorización.

Imprime:

Solana e hijos Artes Gráficas, S.A.U.

ISSN: 0214-2473

D.L: M-22933-1987

ÍNDICE

Presentación
LLEDÓ COLLADA, Pilar 7-8

Introducción a este número
GARCÍA LLEDÓ, Francisco Javier 9

ESTUDIOS

Alcalá, la ciudad andante. (Conferencia pronunciada en la festividad de San Diego. Año 2015)
PÉREZ PALOMAR, J. Vicente 13-27

Las casas de Salinas. Una muestra de la evolución de la arquitectura doméstica entre los siglos XV y XIX
ALOBERA ARIAS, Mar y GARCÍA LLEDÓ, F. Javier 29-56

Nuestra Señora de la Correa: escultura de Luis Salvador Carmona para los agustinos recoletos de Alcalá de Henares
CANO SANZ, Pablo 57-106

Los milagros alcalaínos de San Diego
DÍAZ RISCO, Juan 107-135

La universidad de Alcalá en las reducciones jesuíticas del Paraguay
DÍAZ RISCO, Juan 137-166

Los conventos femeninos de Alcalá de Henares en la transición del antiguo régimen al liberalismo
DIEGO PAREJA, Luis Miguel de 167-188

Manuel Aníbal Álvarez Amoroso. Un arquitecto de la corriente ecléctica
FERNÁNDEZ LÓPEZ, Rafael 189-221

<i>El reconocimiento de los restos de Cisneros por Graells en 1857. Localización actual de los fragmentos entonces tomados</i>	
GOMIS BLANCO, Alberto	223-241
<i>Reconstrucción virtual de la biblioteca del príncipe don Carlos de Austria</i>	
GONZÁLEZ JIMÉNEZ, Bartolomé	243-273
<i>Los catedráticos de la Facultad de Medicina de la Universidad de Alcalá de Henares (1640-1699). catálogo de las biografías universitarias</i>	
GUTIÉRREZ TORRECILLA, Luis Miguel	275-313
<i>Un retrato de Francisco María Tubino pintado por Ricardo Balaca en el Ayuntamiento de Alcalá de Henares</i>	
LLULL PEÑALBA, Josué	315-340
<i>Paseos y plantíos de Alcalá del siglo XVIII</i>	
SÁNCHEZ MOLTÓ, M. Vicente	341-377
ACTIVIDAD INSTITUCIONAL	379-380
Memoria de actividades	381-389
LISTADO DE MIEMBROS DE LA INSTITUCIÓN	391-394
NORMAS GENERALES PARA COLABORADORES	395-404

LA UNIVERSIDAD DE ALCALÁ EN LAS REDUCCIONES JESUÍTICAS DE PARAGUAY

Juan Díaz Risco
Institución de Estudios Complutenses
diazriscoj@hotmail.com

RESUMEN

La Universidad de Alcalá fue el *alma mater* de ilustres personajes españoles que destacaron en todas las ramas del saber y de la administración tanto civil como eclesiástica. Muchos religiosos salieron de sus aulas entre los que se encontraban predicadores, escritores, misioneros, etc. Poco se ha escrito de estos últimos y menos de los destinados a las misiones americanas.

Este artículo quiere dar testimonio y ser al mismo tiempo un homenaje destinado a aquellos estudiantes alcalaínos que, como miembros de la Compañía de Jesús, marcharon a la evangelización de extensas regiones en territorios de la corona española en América del Sur.

En este relato se recogen la vida y hechos de los jesuitas, Juan del Castillo, Alonso Rodríguez, Marcial de Lorenzana, Miguel de Sandoval y Diego de Boroa que destacaron en las conocidas Reducciones jesuíticas del Paraguay y que en su juventud pasaron por la Universidad alcalaína.

Palabras clave: *Universidad de Alcalá, Compañía de Jesús, Reducciones, Juan del Castillo, Alonso Rodríguez, Marcial de Lorenzana, Miguel de Sandoval, Diego de Boroa.*

ABSTRACT

The University of Alcalá was the *alma mater* of illustrious Spanish figures who excelled in all branches of knowledge and administration both civil and

ecclesiastical. Many religious came out of their classrooms, among which were preachers, writers, missionaries, etc. Little has been written of the latter and less of those destined to the American missions.

This article wants to give testimony and be at the same time a tribute to those students of the Alcala, who, as members of the Society of Jesus, marched to the evangelization of vast regions in territories of the Spanish crown in South America.

In this account, the life and deeds of the Jesuits, Juan del Castillo, Alonso Rodríguez, Marcial de Lorenzana, Miguel de Sandoval and Diego de Boroa, are highlighted in the well-known Jesuit Reductions of Paraguay and who in their youth passed through the Alcalaina University.

Keywords: *University of Alcalá, Company of Jesus, Reductions, Juan del Castillo, Alonso Rodríguez, Marcial de Lorenzana, Miguel de Sandoval, Diego de Boroa.*

1. SOBRE LAS REDUCCIONES

La corona de Castilla, tras el descubrimiento de América, se planteó el concepto de derecho de conquista. Una conquista que suponía la apropiación de territorios y el dominio cultural de un pueblo más desarrollado a costa de otro. Para las autoridades españolas, que gobernaron estas extensas regiones como si de un todo cultural se tratara, la lengua y la religión serían los elementos aglutinantes en medio de realidades tan diferentes como las encontradas en el Nuevo Mundo.

Hay visiones discrepantes respecto a lo que supuso el descubrimiento, conquista y colonización americanos. Está la postura de los que solo ven en esta hazaña histórica, la codicia de los conquistadores deseosos de apoderarse de las nuevas riquezas, para lo cual no dudaron en cometer verdaderos genocidios, donde se llegaron a exterminar de una forma brutal a comunidades indígenas y a imponerles la conversión a una nueva religión por métodos violentos. La otra visión es la de aquellos que entendieron el hecho de la conquista como una obra cultural y misionera, donde se buscaba sobre todo la dignidad y el desarrollo educativo de los nuevos súbditos de la corona de Castilla.

Sabemos, sin embargo, por las primeras leyes otorgadas por España, el respeto a la libertad individual de los aborígenes que se contienen en las mismas. En primer lugar, está el Testamento de la Reina Isabel, las Leyes de Burgos de 1512, las Nuevas Leyes de 1542 o la Recopilación de Indias, que engloban toda una serie de instrucciones legales a favor del trabajo de los indígenas. Hubo pocos estados en los que se despertara una conciencia crítica, sobre la justicia de las conquistas americanas y el trato a sus naturales, como lo fue la que se produjo en España durante aquellos años.

La lectura de este artículo nos permitirá, gracias al ejemplo de la vida y obra de sus protagonistas, penetrar en el conocimiento de una de las mayores y más apasionantes experiencias de evangelización que la Iglesia Católica puso en manos de la Compañía de Jesús: Las Reducciones jesuíticas del Paraguay.

“Las Reducciones jesuíticas eran comunidades donde se ubicaba a la población indígena en las posesiones españolas de América, para que lejos de los núcleos de españoles, pudieran ser protegidos, evangelizados y civilizados por los religiosos de la Compañía de Jesús.”¹

¹ Juan Díaz Risco, *Reducciones Jesuíticas del Paraguay*, Ed. Eride, pág. 27.

La Compañía de Jesús, protagonista de esta experiencia misionera, era una orden religiosa de reciente implantación. Fundada por el español Ignacio de Loyola en París en 1534, su Constitución fue aprobada por bula papal de Paulo III en 1540 y que en años sucesivos consiguió un enorme éxito.

La orden jesuítica, que había nacido para luchar contra la expansión del protestantismo en Europa, va a jugar un papel importante en el Concilio de Trento. Su rápida expansión en Europa, trajo a sus filas a numerosos hombres imbuidos por un espíritu disciplinado y presto a los mayores sacrificios a la "Mayor gloria de Dios". Ya desde los primeros años cuidó con esmero la formación de sus miembros en todos los campos del saber. Han sido numerosos los jesuitas que han destacado en la ciencia y en la técnica, que han realizado descubrimientos en el terreno científico y que han sobresalido en la cultura en general como músicos, arquitectos, pintores, literatos, etc.

El espíritu fundacional de la Compañía fue sobre todo misionero. Nos basta recordar la frase "*Ite inflamate omnia*" (Vayan y enciendan todo con fuego), que dijo San Ignacio de Loyola a San Francisco Javier cuando éste marchaba a misionar a la India, basada en la frase dicha por Jesucristo que aparece en el evangelio de San Lucas 12, 49:

"He venido a arrojar un fuego sobre la tierra y ¡cuánto desearía que ya estuviera encendido!".

La Compañía de Jesús se desarrolló rápidamente, de tal manera, que en 1615 sus miembros alcanzaron la cifra de 13.000, extendidos por toda Europa y América.

Las Reducciones jesuíticas del Paraguay fueron un experimento misionero cuyo éxito no tiene precedentes en la historia de las misiones de la Iglesia. Se trató de crear con aquellos indios dispersos por la selva, un nuevo grupo social e institucionalmente independiente del resto de los establecimientos coloniales en las posesiones españolas en América del Sur, donde pudiera vivir una sociedad o comunidad con capacidad de gestión administrativa y económica y donde el sistema de gobierno estuviera formado por órganos de elección directa. Este conjunto de establecimientos misioneros configuraron un enclave al norte del Río de la Plata que dio en llamarse "República jesuítica" o "Imperio jesuítico". Sobre el triunfo de las mismas opinó Voltaire:

“...la civilización del Paraguay, debida únicamente a los jesuitas españoles, parece ser en cierto modo el triunfo de la humanidad”.²

Este éxito de las Reducciones y su control por la Compañía de Jesús, va a crear innumerables problemas a la institución. Las principales quejas provenían de los encomenderos³, por lo que suponía para ellos la pérdida de una mano de obra dócil y barata como era la de los indios guaraníes.

A los abusos sobre los indígenas, de los españoles en general y de los encomenderos en particular se opuso la Compañía de Jesús, considerando contradictorio e irreconciliable el sistema de esclavitud propio de la encomienda de cualquier obra misionera, lo que colisionaba con los intereses de los colonos, que se oponían al ascendente que los jesuitas tenían sobre la población indígena.

Las Reducciones jesuíticas del Paraguay, conformaron un sistema de gobierno, a la vez político, económico y religioso, que no fue bien comprendido por algunos en su tiempo y que aún hoy desata pasiones entre sus defensores y detractores. Hubo un tiempo en que no faltaron los panfletos y folletines anti-jesuíticos, aireados en Europa y América por los enemigos de la Compañía. Si queremos comprender las razones que llevaron a la destrucción de la obra de los pueblos guaraníes dirigidos por los jesuitas, no debemos olvidar los intereses coloniales, que con inusitado ardor se defendían en los diferentes centros de poder de las cortes europeas.

Uno de los elementos más importantes que permitieron hacer frente desde un primer momento a los abusos cometidos por los colonos españoles sobre los indios, fue la religión. Fue la voz de los primeros misioneros la que se alzó, para proteger a los indígenas del maltrato infringido por los conquistadores. Para la Iglesia, el indio no era el salvaje que no tenía alma, como se argumentaba en aquellos momentos, sino un ser hecho a imagen y semejanza de Dios. Con la fundación de la Compañía de Jesús por Ignacio de Loyola, va a surgir una nueva doctrina sobre la licitud o ilicitud de la ocupación de las Indias Occidentales por parte de España y de su permanencia en ellas.

² *Ensayo sobre las costumbres*, libro sobre Historia Universal, obra del filósofo e historiador Voltaire, escrito en 1756. Comienza con los Carolingios y trata diferentes aspectos culturales, económicos o religiosos.

³ Las encomiendas indianas, conocidas también como “repartimiento de indios”, constituían una forma de especial relación de dependencia de los indios con respecto a colonos o encomenderos. La encomienda permitió encauzar el uso de mano de obra indígena a la explotación de los recursos de los territorios descubiertos. La encomienda también llevaba implícito el adoctrinamiento religioso de los mismos pero siempre salvaguardando su libertad jurídica y su sometimiento a la corona.

A la cabeza de las actitudes más populistas se encontraba el P. Francisco Suárez⁴, defensor de la teoría considerada revolucionaria para la época en que vivió, de que ningún monarca podía tener el atributo de sagrado. Suárez contradice con argumentos y razones, la teoría patriarcal de gobierno y el derecho divino de los reyes. La única institución de derecho divino era la Iglesia, mientras que las autoridades políticas de los estados carecían de cualquier origen divino. De este modo los pueblos están gobernados por autoridades temporales no sagradas, aceptadas por el pueblo y que en casos excepcionales pueden incluso ser destituidas. Para la jurisdicción eclesiástica queda la salvación espiritual, mientras que a la autoridad política queda el ocuparse del bien común de los pueblos bajo su tutela. Según el P. Suárez, la Iglesia estará siempre por encima de lo temporal y limitada a los asuntos espirituales, por tanto, la Iglesia es superior al Estado. Su avanzado concepto de soberanía le llevaba a considerar que el poder era una prerrogativa de la comunidad no de una élite.

La labor de evangelización de los naturales de las tierras conquistadas en América, fue una de las primeras tareas que los Reyes Católicos y posteriormente sus sucesores se impusieron, convencidos de que era lo que había que hacer o que estaban obligados a llevar a cabo como soberanos católicos.

A los españoles, el descubrimiento de América les permitió establecer contacto con inmensos territorios, de los cuales había que tomar posesión en nombre de la Corona. Allí se encontraron con sus naturales, que vivían en una etapa o fase de desarrollo muy elemental y rudimentario. Pronto se dieron cuenta de que estos pueblos autóctonos adoraban a sus propios dioses, dioses que en muchos casos eran crueles y por tanto se hacía necesario llevarles al conocimiento del Evangelio.

La sociedad indígena se limitaba a una serie de actividades destinadas a garantizar la supervivencia del grupo, así como mantener su vida cotidiana y espiritual. Esta aproximación a la fe de los conquistadores, redundaría en la transformación de una sociedad indígena cazadora-recolectora en otra más acorde con los usos y costumbres de los españoles.

⁴ Nació en Granada en 1548 y murió en Lisboa en 1617. Ingresó en el noviciado de la Compañía de Jesús en Salamanca en 1564 y estudió filosofía y teología. Catedrático de teología en Alcalá (1585) y Salamanca (1593), en 1597 marchó a Coímbra. En su obra *Sobre el alma* (1621) resume su psicología, mientras que en *Sobre las leyes* (1612), plasma su pensamiento jurídico-político muy avanzado para su tiempo (posibilidad de derrocar al gobernante, derecho de gentes, sociedad internacional). Se retiró en 1615 a Lisboa, donde falleció en 1617 y fue enterrado en la Iglesia de San Roque, Barrio Alto. Autor de *Disputationes metaphysicae*, 1597.

La Corona, solícita en proporcionar los medios necesarios para el envío de religiosos, facilitaba el avituallamiento, el pasaje y la manutención de los que pasaran a las Indias. Esta tarea asistencial continuaba hasta la llegada a sus lugares de destino, donde la Corona, en virtud del Real Patronato, se hacía cargo de todos los gastos que afectaban a la construcción y mantenimiento de las iglesias y del culto.

Lo más significativo de todo esto era la escrupulosa selección de aquellos religiosos y clérigos que se ofrecían para ir a las misiones americanas. Había que buscar hombres de vida intachable, disciplinados, que no provocaran escándalos por su mal comportamiento, con capacidad para desarrollar una tarea tan difícil como la que les esperaba y siempre trabajando en un entorno hostil y con escasez de medios materiales. Todo esto hacía que no fuera fácil conseguir licencia para cruzar el océano.

Se sabe que los Reyes españoles, proveían a los misioneros de aquellos elementos necesarios para la evangelización de los pueblos y territorios recién descubiertos en América, lo que permitía dotarlos de un equipo formado por el vestuario, alguna ropa de abrigo y el resto de los objetos de culto como ornamentos, cálices etc.

Para la elaboración de este artículo, hemos procurado hacer uso de fuentes originales escritas por aquellos que fueron sus principales actores, asumiendo lo que pueda haber de parcial, como consecuencia de hacer uso de textos escritos por los protagonistas de los sucesos narrados y que nos pueden parecer (y de hecho lo son) parte interesada por haber vivido estos acontecimientos en primera persona. Nadie mejor que ellos, que fundaron, gobernaron y enriquecieron ese mundo de convivencia entre dos culturas opuestas, para contarnos la realidad en la que estaban inmersos, sin que la pátina del tiempo deforme esta hermosa historia, de esfuerzo y entendimiento no siempre fácil. Sus relatos, llenos de frescura y espontaneidad, servirán para estimular la imaginación del lector y nos ayudarán a comprender por qué un puñado de hombres como nuestros protagonistas y sus compañeros de religión, llenos de fe y con el convencimiento de que el indio no era un ser brutal y bárbaro que no tenía alma, se embarcaron en una de las aventuras más fascinantes de la historia de las misiones.

Entre los historiadores de la época que escribieron sobre las Reducciones destaca el P. Pedro Lozano, autor de una obra en 2 volúmenes, *Historia de la Compañía de Jesús en la Provincia del Paraguay*, cuyo tomo primero

fue publicada en Madrid en 1754 y el segundo en 1755.⁵ Otro importante historiador de las Reducciones del Paraguay fue el P. Nicolás del Techo S.J.⁶

En esta breve enumeración de historiadores que se han ocupado de las Reducciones del Paraguay, no podían faltar autoridades como el P. Antonio Astrain, Pablo Pastells, Pablo Hernández, Enrique Torres Saldamando y un largo etcétera.

1.1. Los mártires

Es conveniente que hagamos algunas consideraciones sobre los mártires de las Reducciones siendo que algunos de ellos fueron a su vez alumnos de la Universidad de Alcalá y cuyas biografías incluimos en este artículo.

Se estima, que durante el período que duraron las Reducciones del Paraguay, se produjo la muerte violenta de un total de treinta y dos jesuitas que serían martirizados de una u otra manera. Las razones para que se provocaran este número de asesinatos pueden ser de diverso orden, desde la hostilidad de los brujos y hechiceros indígenas como el caso del cacique Ñezú⁷, hasta la lucha por la supervivencia o la defensa de la propia

⁵ *La Historia de la conquista de las provincias del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán* del jesuita Pedro Lozano es un libro de referencia para todos aquellos historiadores interesados en las misiones coloniales dirigidas por los padres de la Compañía de Jesús en la región del Río de la Plata. Aporta numerosas e interesantes noticias sobre Sudamérica. El P. Pedro Lozano, nació en Madrid en 1697 y falleció en Humahuaca en 1752. Fue cronista de la Orden en la provincia jesuítica del Paraguay desde 1730..

⁶ El P. Nicolás del Techo nace en Lille en 1611. Ingresó en la Compañía de Jesús en 1630. Arribó al Paraguay en el año 1649. Está considerado como uno de los mayores historiadores oficiales de la Compañía de Jesús, autor de una famosa *Historia de la Provincia del Paraguay*, impreso en 1673 en Lieja. En ella abundan numerosas anécdotas sobre milagros y creencias religiosas propias de la época, se describen las actividades misioneras, las acciones virtuosas y los hechos particulares de algunos miembros de la Compañía. Muchas narraciones son increíbles y absurdas por lo fabuloso de los relatos y por tratarse de hechos extraordinarios, impropios de la naturaleza humana, y sobre todo que nunca han sido probados suficientemente.

⁷ La presencia de los PP. Roque González y Alfonso Rodríguez en el Caaró fue bien recibida en un primer momento por los caciques de la región. Éstos no se opusieron a instalarse en aquellos nuevos poblados fundados por los jesuitas llamados reducciones, llegando incluso a colaborar en la construcción de los diferentes edificios como la iglesia y las viviendas de los indios. Ocurrió que uno de los principales caciques indígenas de Yjuhí conocido por los nombres de Nezá, Ñezú o Ƴezú se opuso violentamente a la instalación de aquellos misioneros. El P. Juan Eusebio Nieremberg nos hace una pormenorizada descripción: "El Cacique principal de la tierra, que tenia por nombre Nezu, era muy nombrado y famoso, mas por los hechizos,

idiosincrasia indígena frente a la cultura importada por los religiosos de la Compañía de Jesús.

Los misioneros jesuitas no dudaron en penetrar en aquellas regiones a las que ni siquiera la corona española se había atrevido a conquistar y apaciguar. Ellos fueron en muchos casos los pioneros, la avanzadilla de la conquista del territorio americano. A diferencia de la intervención militar, cruel y avasalladora por naturaleza, los religiosos entraban muchas veces en estas regiones como escribió en su día el P. José Cardiel en su Breve Relación:

“...sin más escolta ni más armas, entre gente tan feroz, que una cruz en la mano, que servía de báculo...”

Así se iniciaron las misiones en el Guayrá y en la región baja del Paraná. Sabemos que, a los indios de aquellas extensas regiones, había que convencerlos de la necesidad de un cambio radical en la vida de sus comunidades, para pasar de una forma de vida salvaje y en absoluta libertad a la “civilizada” que les proponían los misioneros.

Esta tarea no podía llevarse a cabo sin afrontar numerosos riesgos que procedían generalmente de los brujos, hechiceros o caciques, que veían en los padres de la Compañía de Jesús verdaderos rivales, por la influencia que éstos ejercían sobre el resto de la población y que les desplazaba a un segundo plano en el estatus de la sociedad indígena que hasta ahora había permanecido bajo su control.

No parece seguro que los guaraníes fueran caníbales, aunque así lo afirman algunas de las primeras crónicas. De lo que sí tenemos constancia

y invenciones mágicas con que asombrava la barbara ignorancia de aquellos brutos, que por el valor con que los sujetasse, añadía al respeto de sus diabólicas industrias el poder del nuevo vassallage de quinientos Indios, con que avian aumentado el numero de sus antiguos vassallos.” (Nieremberg, 1644: 478). Era intención de los PP. Roque y Alfonso convencer a Nezú para que admitiera las disposiciones que regían la vida dentro de las reducciones. Pero el cacique y hechicero se negó a someterse a unas reglas que iban contra la tradición indígena de la poligamia y la hechicería entre otras cosas: “Desta suerte creció tanto el numero de sus concubinas, que no cabiendo en su propia casa, tuvo en otra una copiosa multitud dellas. Pero como avia de despojarle el Evangelio de sus torpezas, de que ya veía pronósticos en las platicas de los Padres, encaminadas siempre a introducir un solo matrimonio, trocó los favores que avia hecho en desdenes y injurias.” (Nieremberg, 1644: 480). Tras el asesinato de los PP. Roque, Alfonso y Juan, las autoridades españolas enviaron una tropa de soldados contra los indígenas de Nezú. Los militares les intimaron a que entregasen a su jefe a cambio de paz, pero éstos renunciaron a la oferta prefiriendo la guerra. Comenzadas las hostilidades, la acometida de los soldados fue tal que obtuvieron una completa victoria. Nezú que había huido antes de comenzar el combate, se mantuvo escondido hasta que en una ocasión cayó en manos de unos ladrones que le dieron muerte.

es de su docilidad frente a los españoles, a los que temían y estaban siempre dispuestos a servir. Esta buena disposición por parte de los indígenas facilitaba la labor de los misioneros. Solamente la codicia ilimitada y los malos tratos recibidos de los europeos despertaban en ellos ese espíritu guerrero que a veces terminaba en encuentros sangrientos.

Muchas veces fue denunciada por los hijos de San Ignacio la explotación inhumana del indígena que había llegado a convertirse en una costumbre, incluso por encima de las normas de las propias autoridades civiles de la región. No es de extrañar que fuera ese maltrato el que despertara el espíritu rebelde de los indios guaraníes, hasta llegar a defender lo que les era propio, como sus mujeres, su tierra y su cultura.

Todo en esta Provincia misionera del Paraguay fue una lucha por la protección del indígena contra la esclavitud, un esfuerzo continuo por parte de los religiosos ignacianos en conseguir la evangelización de los indios. Éstos a su vez, contemplaban con admiración a los padres misioneros, a los que rodeaban con una aureola de hombres cultos e inteligentes que daban la vida por su causa. No comprendían en muchos casos los actos heroicos de estos hombres, frente a los abusos de los españoles. A pesar de todas estas circunstancias adversas y de la gran extensión de territorio abarcado por las misiones jesuíticas, no fueron muchos los religiosos inmolados.

El cacique Ñezú hechicero de la Reducción de Ijuí, sentía que la presencia de los religiosos le hacía perder poder y autoridad sobre los indios bajo su jurisdicción, a lo que se unía el rechazo a dejar la práctica de la poligamia, lo que le llevó querer dar la muerte hasta seis de los jesuitas que residían en su región, pero al final sólo logró dar muerte a tres. Estos fueron los martirios más notables de los ocurridos en estos territorios de misión siendo las víctimas los PP. Roque González de Santa Cruz (1576-1628)⁸, Alonso Rodríguez (1598-1628) y Juan Castillo (1596-1628), canonizados años más tarde por el Papa Juan Pablo II.

⁸ Roque González de Santa Cruz nació en Asunción del Paraguay en 1576. Ordenado sacerdote en 1598, ingresó en la Compañía de Jesús en 1609. Fundador y evangelizador de las primeras Reducciones Jesuíticas. El Padre Diego de Torres le envió a la región de los guaicurús. Fundó una Reducción en Itapúa en 1615, que pronto fue trasladada a la otra orilla del río Paraguay, en lo que es hoy Encarnación. También se le atribuye la fundación de Concepción en 1619 y Candelaria en 1627. Estaba el P. González fundando una nueva Reducción, en la zona de Caaró en el Brasil actual, cuando el día 15 de noviembre de 1628, como todos los días celebró la Santa Misa. Es el momento aprovechado por sus enemigos -al frente de los cuales estaba el cacique Nezá-, para asesinarle junto a su compañero el P. Alfonso Rodríguez. Fue beatificado en 1934 y canonizado en 1988 por Su Santidad Juan Pablo II en su visita al Paraguay.

“...la labor inmensa de estos hombres, toda esa labor evangelizadora de las Reducciones guaranílicas, fue posible gracias a su unión con Dios. San Roque y sus compañeros siguieron el ejemplo de San Ignacio, plasmado en sus Constituciones.” (Juan Pablo II, *Homilía del Papa durante la canonización* (16-V-1988).

Fundamentaron así, día a día, su trabajo en la oración, sin dejarla por ningún motivo. Así escribía el padre Roque en 1613:

“Por más ocupaciones que hayamos tenido, jamás hemos faltado a nuestros ejercicios espirituales y modo de proceder”.

Estos tres religiosos no dudaron en enfrentarse a la muerte, que les vino por la confianza depositada en los indígenas y que estos, fingiendo amistad primero, pasaron luego a una serie de acciones terribles de ensañamiento, incluso con los cuerpos de los mártires ya fallecidos.

2. JUAN DEL CASTILLO

Juan del Castillo nace en 1596 en Belmonte (Cuenca) en el seno de una familia acomodada de la ciudad. Sus padres eran gente honrada y llena de espíritu cristiano que tuvieron diez hijos siendo Juan el mayor y a los que sus padres se preocuparon de darles una buena educación cristiana. Años más tarde tres de sus hermanas Juana, Jerónima y Jacinta ingresarían en el convento de las Concepcionistas franciscanas de Belmonte. Fue bautizado en la Colegiata de S. Bartolomé de la villa de Belmonte en la misma pila bautismal donde lo fuera el insigne fray Luis de León.

Desde su juventud se educaría en el Colegio de la Compañía de Jesús fundado por san Francisco de Borja en su ciudad natal. Uno de sus profesores fue el P. Diego de Boroa, quien años más tarde sería su compañero de misión en las Reducciones paraguayas. El contacto con los religiosos del colegio y la lectura de los textos de Francisco Javier ejercieron un gran ascendiente sobre el pequeño Juan, que finalmente se decide a ingresar en la Compañía de Jesús.

Sus padres, para que adquiriera una más amplia formación, lo envían a estudiar a la Universidad de Alcalá de Henares, donde hace un curso de Derecho. Apenas cumplidos los dieciocho años edad (1614) ingresa en el noviciado de la Compañía de Jesús en Madrid, donde se ejercitaría en las más humildes tareas. Una vez realizados sus cuatro votos religiosos, pasa al

colegio de los jesuitas de Huete en Cuenca en 1616, donde inicia los estudios de filosofía durante dos años.

A poco de comenzar el curso, visita España el Procurador de la Provincia del Paraguay P. Juan de Viana S.J. Una de sus misiones era recabar nuevos misioneros destinados a cubrir las necesidades de religiosos en las Reducciones. Juan no duda ni un momento en apuntarse incluso con la perspectiva e ilusión de entregar, si así fuera necesario, su propia vida en la evangelización de los indios. De este modo se embarca en el puerto de Lisboa en noviembre de 1616. No fue fácil la travesía, ya que no faltaron tormentas, calmas y calores, que provocaban fuertes mareos.

Durante el viaje ha conocido al joven jesuita Alfonso Rodríguez su futuro compañero de martirio, quien viaja también con las mismas pretensiones de misionar y encontrar el martirio en tierras americanas. De este modo llegaron a Buenos Aires el 15 de febrero de 1617.

En el Colegio Máximo de Córdoba del Tucumán, consigue terminar sus estudios de filosofía, pero el rigor del clima va haciendo mella en su salud, lo que no impide que alternara con otras labores como la enseñanza del catecismo cristiano entre los nativos más pobres de la ciudad.

En 1619 es destinado a la ciudad de Concepción en Chile, donde fue profesor de Gramática (1619-1622) en el Colegio fundado por el P. Luis de Valdivia en 1614. La dureza del largo viaje se hace molesta y pesada sobre todo a la hora de cruzar la cordillera de los Andes, que tienen que hacer a lomos de acémilas o a pie, a lo largo de un camino donde abundan pendientes pronunciadas y penosas cuestas.

Mientras, se producen los testimonios de algunos de sus superiores que no le son muy favorables:

“Es mediano de inteligencia y también en la prudencia. La experiencia es poca. El progreso en el estudio de filosofía es mediocre. Pero es capaz de enseñar gramática”.

Pero no todos tenían un concepto tan negativo de él. El P. Miguel de Olivares, célebre historiador, tuvo la oportunidad de conocerlo personalmente y dijo de él:

“Juan del Castillo se ocupó en el ejercicio de leer Gramática e instruir a la juventud en buenas costumbres. También enseñó las primeras letras a los niños, teniendo a su cargo la Escuela, con mucho cuidado, humildad y aprovechamiento...Como lo veían todos tan modesto y virtuoso, le tenían gran respeto y estimación”.

Durante la estancia de Juan en Chile se produce una terrible peste de viruela en la región de los indios mapuches. Allí se dirige todo lleno de gozo con el ánimo de ayudar a los enfermos, proporcionarles alimento y donde se pone de relieve la suavidad de su trato y su exquisito amor a la Virgen María.

Los tres años pasados en Chile le proporcionan una gran experiencia en el campo de la enseñanza. Las opiniones sobre él se hacen más favorables considerándole una persona buena y llena de juicio. Terminado su período de instrucción, vuelve de nuevo a su residencia original. Una vez más debe recorrer el duro camino de vuelta cruzando la cordillera de los Andes para, después de pasar por Mendoza y tras una caminata de más de 600 Kms., arribar a Córdoba. El fuerte calor de la capital lo agotaría, pero no le impediría finalizar con mediocre éxito el último año de teología.

En noviembre de 1625 recibe la ordenación sacerdotal, celebrando su primera misa en la octava de la Inmaculada (8 al 15 de diciembre). Al año siguiente (1626), acompañado de Alfonso Rodríguez es destinado a las Reducciones del Paraguay.

Se conserva en la Colegiata de Belmonte una carta emotiva dirigida por Juan a su padre de la que reproducimos algunos fragmentos:

“Con mucho deseo he querido este año recibir cartas tuyas...De mis cosas le doy cuenta. En el mes de septiembre del año pasado de 1625 me ordené, de subdiácono y después de dos meses salí ordenado de sacerdote. Dije mi primera misa ocho días después de la fiesta de la Inmaculada. La ofrecí por Ud. y por la señora, mi madre, como obligación tan debida. Muy a menudo ofrezco misas por Uds. y mis abuelos, paternos y maternos. Mis estudios los acabaré dentro de cuatro meses. Después subiré a las misiones de Paraguay, a trabajar y morir entre ellos...Yo quisiera enviar los mejores regalos del mundo, pero esta tierra es tan pobre que antes convida a pedir que a dar. De Córdoba 8 de marzo de 1626. Indigno hijo, Juan”.

A pesar de su débil salud, a Juan no le atemorizan las duras tareas del misionero. Tal es su entusiasmo que le hace decir a su antiguo profesor el P. Diego de Boroa:

“Su fervor es grande, su observancia es completa. Su celo se manifiesta en el tesón por aprender la lengua guaraní. Su afabilidad y mansedumbre entusiasman a todos. Es bondadoso, desprendido y puro, amable de Dios y de los hombres.”

Su primer destino como misionero fue la recién fundada Reducción guaraní de San Nicolás del río Piratini en el Tape, donde comienza su trabajo en junio de 1626 y donde se entrega por completo a la educación católica de aquella reciente comunidad ajeno incluso a su propia salud. Escribe al P. Diego de Boroa una carta en la que le cuenta los inconvenientes y contrariedades que encuentra en su misión, de lo que hace las siguientes reflexiones:

“Nos consolamos harto al vernos por amor de Dios Nuestro Señor, en partes tan remotas y apartadas. Ambos nos acomodamos en la choza, con unos apartadizos de caña. Con lo mismo esta atajada la capilla, poco más ancha que el altar. En esta casita vivimos con mucha necesidad, porque el frío no tiene defensa. Era tanto que nos quitaba el sueño. La comida es un poco de maíz cocido, o harina de mandioca que comen los indios. El trabajar es de todo el día, sudando hasta podrir la camisa en el cuerpo. El caminar, las más de las veces es a pie, por haberse muerto los caballos. La enfermedad en nuestra Reducción es tan grande que las casas de los indios parecen hospitales. Lo que más me aflige es no tener que darles de comer, porque el mayor regalo que puedo darme es una o dos espigas de maíz. Es indecible cuanta virtud se necesita para catequizar a los indios. Yo tenía reunidas cuarenta familias, cuando algunos salvajes empezaron a probar mi paciencia.”

Algunos caciques de las orillas del río Yjuhí, afluente oriental del Uruguay, les ofrecen construir casa y capilla. P. Roque en compañía de Juan del Castillo fundan la Reducción de Nuestra Señora de la Asunción de Ijuhi, donde celebran la santa misa por primera vez un 15 de agosto de 1628 día de la Asunción de Nuestra Señora y cuya misión se ha dejado al cuidado de nuestro joven y esforzado misionero.

El Padre Juan del Castillo por decisión del superior queda en Yjuhí solo, actuando como padre, párroco y maestro. Falto de cualquier tipo de asistencia y protección y sin el más mínimo gesto de desaliento, emprende las agotadoras y penosas jornadas propias de un sacerdote y educador, aunque nunca le faltaron al belmonteño unas palabras de consuelo de su amigo el P. Diego de Boroa:

“Su fervor es grande, su observancia es completa. Su celo se manifiesta en el tesón por aprender la lengua guaraní. Su afabilidad y mansedumbre entusiasman a todos. Es bondadoso, desprendido y puro, amable de Dios y de los hombres”.

Fue en este poblado de las reducciones donde este mismo año (1628) sería maltratado con crueles suplicios por instigación de un individuo aficionado a las artes mágicas, siendo finalmente apedreado lo que le costó la muerte dejando una verdadera huella y vestigio de Cristo. San Juan del Castillo murió martirizado en Ijuí (Rio Grande do Sul), Brasil en 1528. La vida de Juan como religioso se distribuyó entre los tres años que permaneció en España, lo seis que vivió en Córdoba del Tucumán, tres en Chile y tres en Uruguay.

Para llegar a completar su proceso de glorificación, habría que esperar al s XX donde el P. Francisco Ginebra, reanudaría su causa en Santiago de Chile. De este modo el papa Pío XI lo beatificó en 1934 junto con sus compañeros Roque González y Alfonso Rodríguez. Pero habría que esperar al año 1988 cuando aprovechando el viaje al Paraguay del papa Juan Pablo II cuando se llevara a cabo su canonización en Asunción junto con sus otros dos compañeros de martirio.

2.1. Martirio

Hacia poco que habían muerto martirizados los PP. Roque González y Alfonso Rodríguez en la Reducción de Todos los Santos.

Al recibir Niezú la noticia de la muerte de los misioneros se alegró de tal manera que tras adornarse con la diadema y el manto de los hechiceros convocó a sus súbditos a los que dirigió las siguientes palabras, que nos han sido transmitidas por el P. Nicolás del Techo en su obra *Historia de la Provincia del Paragua de la Compañía de Jesús*:

“Hay que quitar de en medio al P. Castillo; id, tigres, y probad vuestros dientes en el autor de mi oprobio; en verdad os digo, varones que estáis presentes, que si no ejecutáis mis deseos volaré a los astros y concitaré todos los elementos para vuestra perdición; aplastad a ese sacerdote que baña los niños diciendo fórmulas mágicas y niega el derecho que tengo de poseer mujeres hermosísimas.”

Algunos caiques al frente de un grupo de indios se dispusieron a cumplir lo que Ñezú les había ordenado. Planificaron con todo detenimiento el momento y el lugar adecuado en el que llevar a término sus malvados propósitos, era preciso ante todo actuar con astucia y fingimiento para que los demás no se dieran cuenta, evitando así que el P. Juan pudiera escapar. Aquellos criminales marcharon a Yjuhí, pueblo donde el religioso los recibió

amablemente sin percibir las arteras intenciones de aquel grupo que llegaba con la intención de bautizarse y que solo buscaban su muerte.

El P. Juan del Castillo, que estaba dedicado a la oración, los quiso inscribir como neófitos y los obsequió con unos regalos muy apreciados por los indios, pero pronto se dio cuenta el religioso de que su muerte era inminente a causa precisamente de su fe. Aquellos traidores le sujetaron y comenzaron a golpearle haciéndole objeto de oprobio, deshonra y afrenta pública, sujetándolo por la espalda y torciéndole los brazos.

A todo esto, él les preguntaba cuál era la causa de que le dieran muerte cuando siempre había estado dedicado a ellos velando por su salud, sufriendo por ellos innumerables trabajos y afanes. Continuó su razonamiento diciéndoles que había venido alegre de lejanas tierras, no por la ambición del dinero, sino buscando su salvación y entrada en el Cielo. Ninguno de estos argumentos sirvió para deponer la actitud de los agresores, más aún, ellos siguieron con sus golpes y afrentas, animados por el cacique Quaroboray que dirigía el grupo:

“Matemos con la maldición a este hechicero de burla, o fantasma, echemosle nosotros, tengamos por nuestro padre, y de nuestros padres a Nezu, y solo se oiga en nuestra tierra el sonido de nuestros calabazos, y taqueras.”⁹

Como muestra de humanidad, rogaba a sus asesinos que le llevaran a morir junto a sus hermanos, pero hasta este deseo le negaron. Se abalanzaron sobre él dándole golpes terribles y atado por las manos y la cintura, le arrastraron a las afueras del pueblo entre espinas y piedras y cerca de un riachuelo le clavaron por tres veces con una espada y tirando de él por el suelo le subieron a un monte donde llegó con la vestimenta desgarrada por la aspereza del terreno y allí completaron los tormentos.

Estando en esta situación, Juan exclamaba: “Jesús y María” y “Sea por amor de Dios”, mientras que sus enemigos le golpeaban la cara y el estómago haciendo uso de una enorme y pesada piedra, con lo que dieron fin a su vida. Destrozado y sangrando, lo abandonaron en el monte a merced de las fieras carnívoras que pululaban por la zona, quedando todos maravillados viendo que los animales respetaban el cuerpo del santo por lo que decidieron quemarlo. De regreso en la reducción, los indígenas se dedicaron enteramente al latrocinio y al pillaje de todos los objetos que encontraron, tanto en la vivienda de los Padres como de la iglesia.

⁹ Son instrumentos musicales que usaban los indios en sus borracheras y hechicerías.

Tras la muerte de Juan del Castillo, el P. Boroa nos deja una explicación detallada de sus cualidades:

“Era de 33 primaveras, antes bajo que alto, moreno, con ojos negros de expresion energica, rostro siempre risueño, trazos finos de hidalgo, pero en un cuerpo enjuto por la penitencia, muy gentil en el trato, respirando en su fisonomia una pureza y recato angelical.”

3. ALFONSO RODRÍGUEZ

Alfonso Rodríguez Olmedo nació en Zamora en 1598 en el seno de una humilde y fervorosa familia que supo transmitir la fe cristiana a sus hijos. Hizo los primeros estudios en su ciudad. Marchó a estudiar a Salamanca en 1614, ciudad en la que ingresó en la Compañía de Jesús, haciendo el noviciado en Villagarcía de Campos (Valladolid). Fue enviado a estudiar Filosofía en Pamplona, pero poco antes de ponerse en camino pasó por el noviciado el navarro P. Juan de Viana¹⁰, procurador de la Provincia Jesuítica del Paraguay que se dirigía a América al frente de una expedición.

Alfonso Rodríguez se unió al grupo de 37 compañeros jesuitas que en noviembre de 1616 partieron del puerto de Lisboa. Llegaron a Buenos Aires en febrero de 1617, pasando inmediatamente a completar sus estudios de Filosofía y Teología (1620) en el Colegio de Córdoba. Poseía unas magníficas dotes de inteligencia y prudencia, estando muy bien valorado por sus superiores y profesores como alumno de teología.

Fue ordenado sacerdote en Córdoba a fines de 1623 y tras terminar los estudios en 1626 empieza la Tercera Probación en la casa del noviciado de la ciudad. Su superior, el P. provincial Nicolás Mastrilli, le envía al otro lado del río Paraguay frente a Asunción para evangelizar a los indios guaycurúes de una de las Reducciones de especial dificultad por lo arduo y complicado del idioma.

Se le encargó la misión de propagación de la fe y fundar nuevas reducciones, para lo que el P. Alfonso Rodríguez se esforzó en aprender el

¹⁰ Juan de Viana nació en Viana, Navarra. Enviado al Perú fue destinado a las misiones de Tucumán, donde aprendió algunas lenguas nativas como el quechua, lule, kaka y tonocoté, que le sirvió para poder evangelizar y bautizar a millares de indígenas. En 1614, desempeñó el cargo de Procurador del Paraguay en Madrid cerca del rey Católico Felipe III, y en Roma ante el P. General Mucio Vitelleschi, al que convenció de la necesidad de enviar jesuitas al Paraguay. Fue rector en Córdoba, cargo que dejó poco antes de morir de hidropesía en febrero de 1623.

dilecto indígena guaycurú, siendo el primer evangelizador en aprenderlo. Acompañado por el P. Roque González marchó en 1527 a la Reducción de Itapúa fundada en 1615. Al año siguiente pasaron a la reducción de Todos los Santos de Caaró fundada por aquel al oriente del río Uruguay. En un primer momento las cosas parecen marchar por el buen camino, hasta que se tienen que enfrentar a la hostilidad del cacique y hechicero Ñezú que, por oponerse a los intentos de los misioneros de combatir ciertas costumbres funestas como la brujería, el concubinato o la poligamia, dio la orden de matar a los misioneros.

El 15 de noviembre de 1628, a raíz de los golpes de *itaizá* recibidos, muere Alfonso con el cráneo destrozado, al tiempo que lo hace su amigo Roque González también martirizado. Los cadáveres de ambos religiosos son quemados por los indios.

Un antiguo compañero de noviciado de Alfonso Rodríguez en Villagarcía, el P. Juan Eusebio Nieremberg, escribió en 1644 las vidas y el martirio de Alfonso, Roque González y Juan del Castillo, su antiguo compañero de estudios en Madrid.

El P. Alfonso Rodríguez fue beatificado en enero de 1934 por Pío XI y canonizado por Juan Pablo II, en mayo de 1988 en Asunción, Paraguay, junto con sus tres compañeros mártires Roque González y Juan del Castillo.

3.1. *Martirio*

Para poder llevar a término las funestas y detestables pretensiones de acabar con los religiosos se ofrecen los caciques Caarupé y Maranguá que, disimulando sus intenciones, acuden a la misa que se celebra en la misión de Ijuí, al final de la cual se quería colocar una campana públicamente con toda pompa y esplendor.

El 15 de noviembre de 1628, un grupo de indios, a cuyo frente estaba el cacique Caarupé se reunieron en el centro del poblado para asistir a la ceremonia solemne de la instalación de la campana de la reducción. Una vez celebrada la misa por el P. Roque se comienza con el montaje de la misma. Estando en esta tarea y cuando todo transcurría normalmente, Caarupé hace una señal al indio Maranguá que aprovechando la distracción del padre se abalanza sobre él y le proporciona un fuerte golpe con el *itaizá* o hacha de piedra, lo que le provoca la muerte instantánea.

Avisado Alfonso por el ruido y alboroto que habían provocado los indios agresores, se vio obligado a salir a la puerta de la iglesia para increparlos diciendo: “¿Qué han hecho, hijos, qué hacen?”. Inmediatamente

se vio rodeado de los atacantes que a golpes de *itaizá* le deshicieron el cráneo, lo que provocó su muerte inmediata:

“Llevava un arma, que los Indios llaman Itaiza, que es un palo como de dos tercias, a modo de huso, que tiene por tortera una piedra, con una esquina.” (Nieremberg, 1644: 481)

Caarupé y los suyos, además de destrozarse y quemar los cadáveres (al P. Rodríguez lo cortaron a la altura del muslo), introdujeron los cuerpos en la iglesia, destrozaron y provocaron daños y desperfectos cuantiosos, roban y profanan todos los objetos sagrados que encuentran en el templo y finalmente les prenden fuego:

“...desde allí fueron a ultrajar los sagrados ornamentos de la Iglesia, en que cebaron mas su impiedad; porque rompiendo, y haziendo pedaços quanto servia a los Altares, el cáliz partido en muchas partes, hizieron gargantillas. Embistieron con la Cruz, y derribándola la hizieron hastillas: Pero lo que mas se sintió en toda aquella Provincia, fue el execrable destroço que padeció una Imagen de nuestra Señora.” (Nieremberg, 1644: 481)

El cacique Arasunu Marangatu¹¹ amigo de los padres protesta de la actuación de los demás por lo que es muerto a golpes de *itaizá*. Dos días

¹¹ Arasunu Marangatu era un anciano cacique guaraní amigo de los jesuitas, que no dudó en enfrentarse a sus asesinos y cuya valiente intervención le costó la vida. Enfrentado a los indígenas de Ñezú por la crueldad y el ensañamiento con los misioneros “...pareciéndole mal que los tratasen de aquella suerte...que para qué trataban así a los sacerdotes; y luego allí le quebraron la cabeza, y le mataron con grande rabia y coraje”, provocó la rabia de sus asesinos que no dudaron en acabar con su vida. Según el parecer de las crónicas de la época, Arasunu no estaba aún bautizado cuando fue asesinado, solo era un catecúmeno que se preparaba para recibir el bautismo. El P. Antonio Ruiz de Montoya (*Conquista espiritual*, Madrid, 1639), refiriéndose a su coraje de levantar la voz ante el crimen de los religiosos: “Muchos del pueblo, inocentes de esta conjuración y libre del delito, sintieron, y con dolor grave este destrozo; el amor de sus religiosos Padres les pedía venganza, que rehusó el miedo que causó la furia de los parricidas. Un venerable viejo y principal cacique, a quien tenía preso el amor de ser cristiano, con palabras graves y afrentosas los reprendió de aqueste atroz delito, poniéndoles delante la afabilidad, el amor, las dádivas y la mayor la de la fe católica, con que los querían enriquecer los Padres. Perdió el respeto la ira y el furor a sus venerables canas; cerraron con él, y a crueles golpes lo mataron; dichosa muerte, pues con cristiano despecho, en ocasión de tan conocido peligro de su vida, si bien gentil, volvió por la verdad católica, y, a lo que juzgamos, no sin sobrenatural impulso de la fe.” Los jesuitas están impulsando desde Roma la candidatura a los altares del cacique Arasunu, mártir de las misiones paraguayas.

después Caarupé, seguido por una turba de indios, marcharía a la reducción de la Asunción, donde asesinaría al P. Juan del Castillo por orden de Ñezú.

4. MARCIAL DE LORENZANA

Marcial de Lorenzana y Ponce de León nació en 1565 en León en el seno de una familia de la nobleza castellana. Sus padres, dotados de grandes virtudes cristianas, lo enviaron a estudiar a Alcalá donde ingresó en la Compañía de Jesús en 1583. Tras el noviciado estudió Filosofía y Teología en su Universidad, destacando como uno de sus mejores alumnos y poniendo de relieve sus cualidades intelectuales y humanas.

Ingresó en 1583 en el noviciado de Villagarcía de Campos (Valladolid), tras lo cual regresó a Alcalá donde ampliaría sus estudios en la Universidad. Continuando con su preparación académica estudia Derecho, siendo alumno del P. Francisco Suarez.

Terminado su proceso formativo y tras ser ordenado sacerdote en 1591, fue enviado por el General de la Compañía Claudio Aquaviva, en la expedición del P. Diego de Zúñiga Procurador del Perú, a las misiones americanas del Perú. Llegó a Lima en 1592 siendo destinado a predicar la doctrina cristiana a los pueblos indígenas de la misión del Tucumán en Argentina, también enseñó y propagó el Evangelio en la región del Gran Chaco, cerca del río Bermejo, para regresar a Asunción en 1593.

Al cerrarse la casa de Asunción en 1600 tuvo que marchar a Santiago del Estero y luego a Córdoba, donde se dedicó a las misiones populares. Hizo los últimos votos en Córdoba, Argentina en 1602. En el año 1604, encontrándose en la ciudad de Asunción, se entregó de una manera tenaz y persistente a la defensa de los indígenas.

Durante la sublevación de éstos situados en las orillas del río Paraguay, el gobernador español envió tropas a la región dominada por la tribu de los guatos, consiguiendo contenerlos y refrenar sus impulsos de rebeldía, no sin provocar numerosas pérdidas de vidas humanas y de imponer prisión precautoria a otros muchos. Así lo cuenta el P. Nicolás del Techo en su *Historia de la provincia del Paraguay de la Compañía de Jesús*, Libro 2º, Cap. XXX:

“...indignado el P. Lorenzana, primero en conversaciones privadas y después en el templo, censuró duramente tan cruel avaricia, afirmando que si no se restituía la libertad a los inocentes guatos, Dios vengaría la sangre derramada y las violencias cometidas. Diciendo esto desde el púlpito, un canónigo que era Tesorero de la iglesia gritó con voz

estentórea que no siguiese adelante, sino que se retirase al punto a su casa. Llevó el P. Lorenzana esta afrenta con notable resignación; sin conmoverse ni decir palabra alguna, dejó a un lado el bonete y salió inmediatamente del templo.”

El P. Marcial de Lorenzana siendo rector del colegio de Asunción, acompañado por el P. Francisco de San Martín¹², salió de la ciudad un 16 de Diciembre de 1609 con la voluntad y propósito de fundar algunas misiones en las orillas del río Paraná.

Continuando con sus andanzas y después de superar las numerosas dificultades encontradas en el camino, los misioneros llegaron a las tierras del cacique Arapizandú en la víspera de Navidad. Esta persona, que gozaba del aprecio de los jesuitas con los que mantenía cierto trato y comunicación, se manifestaba dispuesta a la conversión y aceptar la fe católica.

Los indios de este cacique recibieron a los religiosos con gestos de cortesía y los escoltaron hasta el poblado donde erigieron en una humilde cabaña de madera, cubierta de ramas y paja, en la que dispusieron todo lo necesario para celebrar la primera misa. Cuenta el propio P. Lorenzana en una de sus primeras Cartas Anuas publicada por el P. Lozano, que numerosos caciques de la región se acercaron donde estaban los padres:

“...nueve caciques, todos ellos muy cuerdos, se han ofrecido a venirse con su gente desde luego y han comenzado algunos de ellos a hacer sus rozas, que es la mejor señal que podíamos tener. Es contento ver el amor con que nos miran y con cuánta confianza se llegan a nosotros los niños”.

Pocos días después pasaron a visitar a Fray Luis de Bolaños, un venerable misionero franciscano pionero y experto en el mundo de las

¹² El P. Francisco de San Martín, era un joven novicio natural de Toledo. Cuando hacía poco que había ingresado en la Compañía de Jesús, marchó como compañero del P. Lorenzana, viéndose envuelto en los dramáticos acontecimientos que sucedieron durante su estancia en San Ignacio Guazú. Compuso una obra muy beneficiosa y útil que facilitaba el estudio de la lengua guaraní. Débil por naturaleza, le faltaba el ánimo y valor necesarios para soportar las desgracias y hacer frente a grandes empresas misioneras. En el conflicto bélico que los enfrentó a los guaraníes del Paraná, tuvo que soportar serias angustias y sinsabores que lo llevó finalmente a tener que abandonar las tareas que le habían sido encomendadas. Según las crónicas llegó a perder la razón con motivo aquellos acontecimientos y aunque llegó a recuperarse quedó tan debilitado y desfallecido que le llevó a abandonar la Compañía de Jesús.

reducciones. Los jesuitas tomaron buena nota de los trabajos que habían llevado a cabo los franciscanos sobre la organización de las reducciones de indios. Fray Bolaños colaboró generosamente con aquellos misioneros, haciéndoles donación de sus apuntes lo que les facilitaba el aprendizaje del guaraní.

Las perspectivas no podían ser más halagüeñas. Tras despedirse de los franciscanos, marcharon ambos padres a buscar el lugar más idóneo dónde establecer la primera reducción jesuítica americana, no sin oír previamente la opinión de varios caciques. Al paraje elegido pusieron el nombre de San Ignacio Guazú en el que se instalaron caciques e indios a comienzos del año 1610.

No faltaron dificultades en la evangelización de los indígenas, sobre todo cuando se trataba de suprimir sus peores vicios como la borrachera y la antropofagia. Poco a poco los habitantes de la reducción se mostraron más inclinados a aceptar la doctrina de los padres y a abandonar aquellas bárbaras costumbres, de tal modo, que al cabo de un año comenzaron los primeros bautismos.

Cerca de allí vivían unas belicosas tribus guaraníes que quisieron atacar la nueva reducción de San Ignacio Guazú, con el fin de matar y esclavizar a aquellos indios ya convertidos a la fe católica. El P. Lorenzana pidió ayuda a las autoridades de Asunción que enviaron una tropa formada por 50 soldados españoles y un grupo de indios aliados. Tras entrar en batalla, aquellos bárbaros indígenas fueron derrotados por lo que se vieron obligados a huir en desbandada.

Aún permanecería el P. Lorenzana dos años rigiendo los destinos de la nueva reducción, hasta que por orden de sus superiores tuvo que regresar para ejercer el rectorado en el Colegio de la Asunción de 1613 a 1622, cargo que volvería a repetir poco antes de morir, viviendo en aquel lugar el resto de su vida. Fue uno de los primeros misioneros de la región que llegó a conocer a fondo la lengua guaraní, falleciendo en el Colegio de la Asunción en 1632, con setenta y dos años de edad, cuarenta y nueve de Compañía y treinta y nueve de misionero.

El P. Lorenzana, después de convivir durante muchos años con los indígenas, emitía una opinión sobre ellos en una carta dirigida al Rey enviada desde Asunción el 6 de enero de 1621:

“...son altivos y soberbios y a todas las naciones llaman esclavo sino es al español. Pero no le quieren llamar señor, sino cuñado o sobrino, porque dicen que solo Dios es su señor. Porque como he dicho, el ayudar al español y admitirles en su tierra fue por vía de

cuñadazgo y parentesco. Empero, después, viendo los indios que los españoles no les trataban como a cuñados y parientes, sino como a criados, se comenzaron a retirar y a no querer servir al español. El español quiso obligarle, tomaron las armas los unos y los otros y de aquí se fue encendiendo la guerra la cual ha perseverado casi hasta ahora.”

5. MIGUEL DE SANDOVAL

Del P. Miguel de Sandoval no estamos en condiciones de afirmar con seguridad los pocos datos que han llegado a nosotros sobre su vida. Sabemos que nació en Letur, pueblecito de la provincia de Albacete enclavado en la sierra del Segura, pero no hay seguridad sobre el año, que bien pudo ser en 1594 o 1595.

Estando en plena juventud, sus padres decidieron encaminarle al Colegio administrado por la Compañía de Jesús en Caravaca¹³ para ampliar sus conocimientos en materia de Gramática. Con la intención de aprovechar las dotes académicas de Miguel, sus progenitores lo enviaron al Colegio de la Compañía en Belmonte¹⁴, donde estaría en condiciones de profundizar en el conocimiento de disciplinas como Humanidades y Retórica.

Al parecer, sus extraordinarias dotes para el estudio le llevaron a la Universidad de Alcalá (1613-1614), donde abordaría el conocimiento de aquellas disciplinas necesarias para acceder al estado eclesiástico. En el año 1613, tal vez cansado por la deriva que tomaban sus estudios alcalaínos decidió ingresar en la Compañía de Jesús. Para hacer el noviciado tuvo que marchar al noviciado de Villarejo de Fuentes¹⁵ y dada sus capacidades

¹³ La instalación de los jesuitas en la villa de Caravaca se llevó a cabo alrededor del año 1563, con la finalidad de fundar un colegio que impartiera conocimientos a los adolescentes de la localidad. Esto se hizo en realidad en 1570, aunque fue necesario trasladarlo a otro lugar, dentro de la misma villa, en 1592.

¹⁴ El Colegio de San Ignacio de Belmonte en Cuenca fue fundado en 1558 por D. Diego López Pacheco, III Marqués de Villena y protector de la Compañía de Jesús. En esta Casa-convento, que contemplaba el primer convictorio o internado para educandos (llegó a tener cerca de 400 alumnos en 1569), se establecieron unos estudios de Gramática, que gozaron de un notable éxito.

¹⁵ La fundación en 1561 del colegio-noviciado de la Compañía en Villarejo de Fuentes fue patrocinado por los nobles D. Juan de Silva Pacheco y su esposa D^a Gerónima de Mendoza. Para la organización de la nueva institución se siguieron las instrucciones dadas por el Padre Jerónimo Nadal. De todo lo que fueron sus instalaciones solo queda hoy la iglesia levantada en 1570 y dedicada al patriarca San José.

como estudiante y como persona versada en la lengua y literatura latinas, se trasladó al colegio de Huete¹⁶.

Hacia tiempo que había mostrado y deseado con vehemencia ser destinado a los establecimientos misioneros que los jesuitas desarrollaban en América del Sur. Para cumplir sus deseos hubo de esperar a la llegada del P. Juan de Viana que había arribado a Europa como Procurador de la recién fundada Provincia jesuítica del Paraguay, una de cuyas funciones era organizar el envío de religiosos a las misiones del Río de la Plata. Esta expedición del Padre Viana, sería la segunda que se enviaría desde Europa a la provincia del Paraguay, en la que se embarcaría el P. Sandoval autorizado por sus superiores. En ella se habían incluidos 25 religiosos de la Compañía de Jesús, entre los que se encontraba el estudiante de Filosofía Miguel de Sandoval que tenía entonces 25 años junto a otros compañeros conocidos como los futuros mártires Juan del Castillo y Alonso Rodríguez.

A poco de llegar se trasladó al colegio de la Compañía de Jesús en Córdoba de Tucumán donde completó sus estudios de Teología y donde sobresalió por sus cualidades personales.

Sintió una fuerte atracción por las recién fundadas Reducciones jesuíticas (1609). Sus métodos de evangelización captaron el interés y la simpatía del P. Sandoval, por lo que se ofreció a ir a ellas, para lo cual y siguiendo las directrices de la Compañía de Jesús, tuvo que aprender el idioma guaraní propio de los indios de la región. Allí se le envió con la finalidad de ponerse al servicio de los indígenas para auxiliarles y socorrerles en sus necesidades materiales buscando al mismo tiempo mejorar su educación cívica y religiosa.

Sus superiores, en contra de su voluntad, decidieron que debía regresar a Córdoba donde permaneció algún tiempo hasta que consiguió demostrar su dominio de la lengua de los indígenas, con lo que pudo persuadir a sus superiores de sus aptitudes para marchar a las misiones. Se desconoce el lugar donde fue destinado, pero parece que estuvo en la reducción de San Nicolás de Bari, en la de Yapeyú, o en la de Candelaria en las que destacó como predicador y como confesor.

De salud delicada, pronto cayó enfermo coincidiendo con una epidemia de viruela que provocó una gran mortandad entre indios y misioneros. Después de mes y medio, fue evacuado a la Reducción de Itapúa donde falleció a los cuatro días en enero de 1641.

¹⁶ Este seminario de jesuitas fue fundado hacia 1570. Poco tiempo después comenzaron a funcionar los estudios de primeras letras y de gramática. Aún se mantiene en pie un lienzo de fachada de las primeras construcciones. La iglesia se construyó a principios del s XVII.

6. DIEGO DE BORO A

Diego de Boroa nació en 1585 en la ciudad extremeña de Trujillo. Sus padres que pertenecían a una familia temerosa de Dios y que lo habían criado con mucho recogimiento, fallecieron cuando tenía trece años de edad, mientras cursaba estudios de latín en Trujillo. Poco después cayó gravemente enfermo y un hermano suyo se lo llevó a Alcalá para que estudiase Filosofía en su Universidad. Obtenida la licenciatura entró por primera vez en contacto con los padres de la Compañía de Jesús. Fue el trato con el P. Nicolás de Almazán el que le llevó a descubrir su vocación religiosa, por lo que ingresó en la orden en 1605.

Tras hacer el noviciado en Villarejo de Fuentes y profesar los votos, fue enviado por sus superiores al colegio de los jesuitas de Belmonte a impartir clases de latín. Durante el tiempo que estuvo de profesor en este colegio, tuvo como alumno al futuro santo y compañero de misiones en las Reducciones del Paraguay, Juan del Castillo. Por entonces llegó a Madrid el primer procurador del Paraguay P. Juan Romero. A su regreso de Roma pasó por Belmonte y con la aprobación de sus superiores se llevó al H. Boroa que estaba deseoso de viajar a las Indias. Embarcaron en Portugal y llegaron a Buenos Aires en mayo de 1610. De allí pasó a Santiago del Estero, donde en su contacto con los indígenas, tuvo la oportunidad de aprender su lengua.

En septiembre de 1610 fue ordenado sacerdote de manos del obispo Hernando de Trejo y Sanabria. Enviado a misionar con los calchaquíes pudo conseguir la conversión de algunos indios. Destinado a Chile desempeñó una notable actividad en el hospital, hasta que fue trasladado en 1614 a Guarambaré.

Con el P. Roque González fundaría en marzo de 1615 la Reducción de Nuestra Señora de la Encarnación de Itapúa. Fue designado Superior de las misiones del Paraná y del Uruguay en 1619. En el año 1622 fundó la Reducción de Corpus Christi, Santa María la Mayor del Iguazú en 1626 y la de San Francisco Javier en 1629. En 1628 fue elegido superior de las Reducciones y rector del colegio de la Asunción. Después de un largo peregrinaje por América, fue nombrado en 1634 provincial de las misiones del Paraguay hasta 1640.

El P. Nicolás del Techo en su *Historia de la provincia del Paraguay de la Compañía de Jesús*, Libro 11^o, Cap. I hace una reseña de su personalidad:

“El día de la Concepción tomó posesión del Provincialato el P. Diego de Boroa, hombre virtuoso, austero sobre toda ponderación y acérrimo defensor de los indios. Había predicado a los calchaquíes en

el Tucumán y a los guarambarés en el Paraguay; fundó en el Paraná las Reducciones de Iniani é Iguazúa; en el Uruguay echó los cimientos de San Javier, y estuvo al frente de las misiones situadas en las orillas de aquel río. Antes de que la provincia se dividiera en dos, trabajó con fruto en el reino de Chile. Fué Rector en Córdoba y la Asunción...”

Durante las revueltas del Paraguay, tuvo que marchar de la Asunción, para ir a vivir a casa de un español hasta que la situación bélica mejoró. La edad le comenzó a pasar factura por lo que se estableció en Iguazúa, dedicado a confesar y a visitar a los enfermos, hasta que le llegó la muerte en la Reducción de San Miguel en 1658.

El P. Diego de Boroa, autor de diversas obras literarias, intervino en el conflicto entre Fray Bernardino de Cárdenas y los jesuitas, cuando el franciscano le consultó sobre la validez de su toma de posesión como obispo de Asunción. El P. Boroa, tras consultar a los más expertos teólogos y de acuerdo con el derecho canónico, le respondió que no era lícito hacer lo que pretendía. Sabemos que a pesar de todo Fray Bernardino no hizo caso de las advertencias del jesuita y en 1641 se consagró, tras intentar conseguir su aprobación.

BIBLIOGRAFÍA

- Astrain S.J., Antonio (1909): *Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España*, Tomo IV (1581-1615). Madrid, Sucesores de Rivadeneira.
- Astrain S.J., Antonio (1996): *Jesuitas, guaraníes y encomenderos*. Asunción, Centro de Estudios paraguayos- Fundación Paracuaria.
- Blanco S.J., José María (1928): *Historia documentada de la vida y gloriosa muerte de los padres Roque González de Santa Cruz, Alonso Rodríguez y Juan del Castillo, de la Compañía de Jesús, mártires del Caaró e Yjuhi*, Buenos Aires.
- Correa S.J., Jaime (1995): *San Juan del Castillo*. Talleres Gráf. Sociedad de San Pablo. Santiago.
- Del Techo, Nicolás (1897): *Historia de la Provincia del Paraguay de la Compañía de Jesús*. Versión del texto latino por M. Serrano y Sanz con prólogo de Blas Garay. Madrid.
- Díaz Risco, Juan (2014): *Diego de Torres Bollo, fundador de las reducciones del Paraguay*, Madrid, Eride Ediciones.
- Díaz Risco, Juan (2015): *Las reducciones jesuíticas del Paraguay*, Madrid, Asociación de Escritores de Madrid.

- Furlong S.J., Guillermo (1962): *Misiones y sus pueblos de guaraníes*, Buenos Aires.
- Nieremberg S. J., Juan Eusebio (1644): *Firmamento religioso de luzidos astros, en algunos claros varones de la Compañía de Iesus*, Madrid, Imp. Maria de Quiñones.
- Pastells S.J., Pablo (1912-1949): *Historia de la Compañía de Jesús en la Provincia del Paraguay*. Madrid,.
- Ruiz De Montoya S.J., Antonio (1639): *Conquista espiritual hecha por los religiosos de la Compañía de Jesús en las provincias del Paraguay, Paraná, Uruguay y Tape*, Madrid.
- Storni S.J., Hugo (1976): *Documentación y bibliografía sobre los beatos mártires rioplatenses*, AHSI 45.



Figura 1. Fachada de la Universidad de Alcalá



Figura 2.- San Ignacio de Loyola



Figura 3.- Juan del Castillo, Roque González y Alfonso Rodríguez, jesuitas mártires del Paraguay. Colegiata de Belmonte.



Figura 4. Pila bautismal de la Colegiata de San Bartolomé

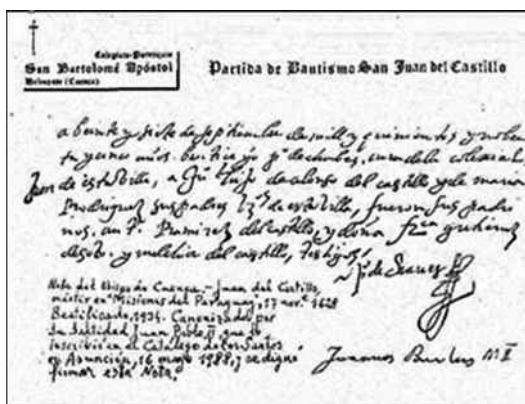


Figura 5. Partida de bautismo Juan del Castillo de Belmonte

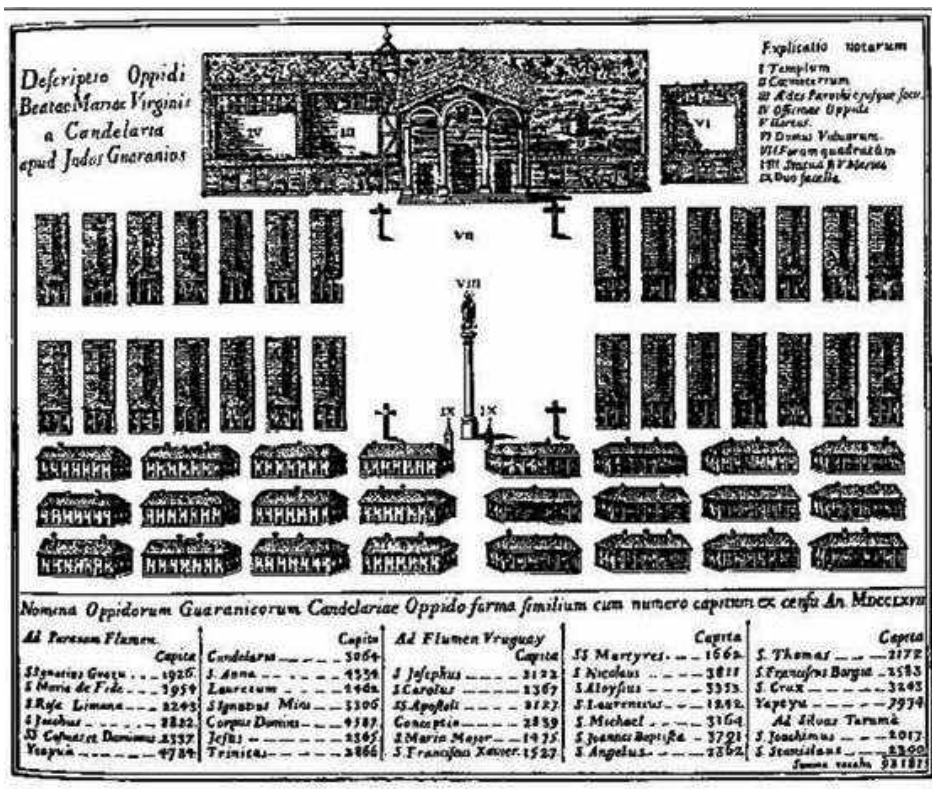


Figura 6.- Ejemplo de una Reducción.